



V Conferencia La Caridad

La caridad es la reina de las virtudes.

Ella es la esencia de Dios mismo, ya que Él mismo dice en su Palabra: “Dios es caridad” y san Pablo en las epístolas escribe hablando de él mismo: “Aunque yo tenga todas las virtudes y todos los dones, si no tengo caridad no soy nada”.

Los dos objetos de nuestra caridad son Dios y el prójimo.

Hablamos hoy día de una manera particular de la caridad fraterna es decir de aquella que debemos ejercitar para resguardar a nuestro prójimo. El mismo Jesús está dentro de este prójimo a quien me pide amar. Y ¿mi alma ha comprendido lo que hay de divino en la caridad fraterna? y ¿Cuántas veces ha herido el Corazón de Jesús?

Jesús ama esta persona de quien me disgusta su carácter o su misma virtud. Él la ama tiernamente y yo, ¿osaría despreciarla u odiarla?; no me sería difícil amarla si yo voy hacia ella con el amor del Corazón de Jesús.

El mandamiento del amor al prójimo es el precepto que Él llama su mandamiento para que lo cumplamos fielmente. Él quiere que la fidelidad al mandamiento del amor, sea el signo distintivo de una virtud sólida y de una piedad sin falsedades: “Por esto serán reconocidos como mis discípulos”.

Además nos mostrará el día del juicio que este precepto y amar a Dios son los más importantes. Según esto será la recompensa al fin de los tiempos. Él nos dirá: “Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estuve desnudo y me has vestido, estuve enfermo y prisionero y me has visitado”. Sólo habrá recompensa para la caridad.

Nuestro Señor después de habernos dado el precepto del amor al prójimo, nos muestra con su ejemplo cómo debemos cumplirlo: “No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos”.

Su amor por nosotros es sobrenatural. Lo que Jesucristo ama en nosotros es la imagen de su Padre, sus designios misericordiosos de la providencia sobre nuestras almas. Nosotras elevemos, al orden sobrenatural el amor a nuestros hermanos. Amemos a Dios y por Dios a aquéllos que nos rodean y no los olvidemos jamás.

El amor de Jesús por nosotros es inalterable, inmutable. El corazón del Maestro no deja de palpar

por nosotros a pesar de nuestras ingratitudes, a pesar de nuestras infidelidades. “Habiendo amado a los suyos los amó hasta el fin” dice el Evangelio.

La caridad nace de un corazón que ama, del corazón de una esposa de Jesús que sabe servir a los demás; si nosotros no sabemos sufrir por los demás, la misma nube es capaz de esconder el sol de nuestra caridad.

Tengamos por divisa estos modos pequeños pero profundos de amar: sufrir todo por los demás, pero nunca hacer sufrir a los demás.

Así sea.